

Catalunya Cristiana



Semanario de información
y de cultura religiosa
AÑO XLIV | NÚM. 2260
2,90€ | 8 ENERO 2023

Agusti Codinach



«¡Permaneced
firmes en la fe!
¡No os dejéis
confundir!»

ESPECIAL BENEDICTO XVI (16 PÁGINAS)

Benedicto XVI
ha muerto a los 95 años
tras toda una vida
de servicio a la Iglesia

Benedicto XVI en la Sagrada Familia, el 7 de noviembre de 2010.

Adiós al Papa teólogo

Francisco recuerda el testimonio de fe y de oración de Benedicto XVI



© Vatican Media

A pesar de que su elección como Papa generó críticas, enseguida se ganó la simpatía de todas las sensibilidades católicas.

PAPA FRANCISCO
«Solo Dios conoce el valor y la fuerza de su intercesión, de sus sacrificios ofrecidos por el bien de la Iglesia»

ROSA MARÍA JANÉ CHUECA

Al final de la audiencia general del miércoles 28 de diciembre, el papa Francisco ponía en alerta al mundo católico al pedir «a todos una oración especial» por Benedicto XVI, «para que el Señor lo consuele, y lo sostenga en este testimonio de amor a la Iglesia, hasta el final».

El motivo de esta petición era que en las últimas horas se había producido un agravamiento del estado de salud del Papa emérito, de 95 años de edad. Solo tres días después, el sábado 31 de diciembre, a las 9.34, fallecía Benedicto XVI en el monasterio Mater Ecclesiae del Vaticano.

El mismo 31, en la celebración de las primeras vísperas de la solemnidad de Santa María Madre de Dios y del *Te Deum* de acción de gracias por el año que concluía, Francisco dirigía sus pensamientos al Papa alemán: «Con emoción recordamos su persona, tan noble, tan gentil. Y sentimos tanta gratitud en el corazón: gratitud a Dios por haberle dado a la Iglesia y al mundo; gratitud a él, por todo el bien que ha realizado, y especialmente

por su testimonio de fe y de oración, sobre todo en estos últimos años de su vida retirada. Solo Dios conoce el valor y la fuerza de su intercesión, de sus sacrificios ofrecidos por el bien de la Iglesia.»

Una gratitud que también han podido mostrar los fieles al papa Benedicto, ya que su cuerpo ha estado en la basílica de San Pedro del lunes 2 de enero al miércoles 4 para que todo el mundo pudiera rezar y dedicarle un último adiós.

El 1 de enero, solemnidad de Santa María, Madre de Dios, Francisco tenía presente de nuevo al Papa fallecido: «Encomendamos a la Virgen a nuestro amado papa emérito Benedicto XVI para que le acompañe en su paso de este mundo a Dios. (...) Nos unimos todos, con un solo corazón y una sola alma, para dar gracias a Dios por el don de este fiel servidor del Evangelio y de la Iglesia.»

El Vaticano ha informado que la fecha del funeral del Papa emérito es el jueves 5 de enero, a las 9.30, en la plaza de San Pedro del Vaticano, oficiado por el papa Francisco.

Para el funeral no se requiere entrada para participar. De hecho, la Santa Sede ha explicado que «será una celebración sencilla» porque así lo quería Benedicto XVI.

No se trata tampoco de un funeral de Estado y solo se invita de manera destacada a delegaciones oficiales de Alemania e Italia. El resto de delegaciones de países pueden participar, también como invitadas, pero como cualquier otro funeral.

El ataúd de Benedicto XVI se llevará a la basílica de San Pedro y después a las grutas del Vaticano para su entierro, en una tumba ahora vacía donde habían estado enterrados Juan XXIII y Juan Pablo II.

Perfil biográfico

Joseph Ratzinger nace en la localidad de Marktl am Inn, Alemania, en 1927. En 1951 es ordenado sacerdote y en 1977 es nombrado arzobispo de Múnich y Frisinga, y es creado cardenal.

Es miembro de distintas academias científicas de Europa y recibe ocho doctorados *honoris causa* de diferentes universidades.

Durante su etapa como profesor de Teología da a conocer a sus alumnos pensadores considerados avanzados como Yves Congar y Henri de Lubac, además de autores protestantes. Como asesor en el Concilio Vati-

cano II, defiende un debate abierto y una nueva manera de exponer las verdades centrales de la fe. Ratzinger reacciona ante lo que califica como deriva caótica del catolicismo tras el Vaticano II, que atribuye a una interpretación superficial del espíritu conciliar.

En 1981 Juan Pablo II le nombra prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Desde este cargo se muestra crítico con cuestiones morales, como el control de la natalidad. Bajo su mandato, la Congregación aprueba escritos sobre la posición de la Iglesia en relación con las personas homosexuales y evalúa la compatibilidad de la Teología de la Liberación con la doctrina católica. Finalmente, prohíbe el ejercicio de la docencia en nombre de la Iglesia a teólogos como Hans Küng o Leonardo Boff. Poco antes de ser escogido Papa, afronta la crisis de abusos sexuales. Entre otras responsabilidades, Juan Pablo II le encarga la redacción de un nuevo Catecismo.

El 19 de abril de 2005 es escogido Papa en sustitución de Juan Pablo II. La elección genera críticas porque se le considera conservador. Sin embargo, pronto consigue ganarse la simpatía de todas las sensibilidades católicas y de otras confesiones cristianas por el equilibrio entre la defensa de las verdades fundamentales de la fe y su capacidad para dialogar.

En 2006 publica su primera encíclica, *Deus caritas est*; en 2007, la segunda, *Spe salvi*, y la última, en 2009, *Caritas in veritate*.

De los tres viajes que hace a España, destaca el de noviembre de 2010 a Santiago de Compostela y Barcelona, donde dedica la Sagrada Familia y visita la Obra del Niño Dios. El último viaje a España es en 2011 para la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid.

El 29 de agosto de 2006 redacta su testamento espiritual, donde exhorta: «¡Permaneced firmes en la fe! ¡No os dejéis confundir!» (que podéis leer íntegramente en la página 14).

El 11 de febrero de 2013 anuncia por sorpresa, en latín, su renuncia por falta de fuerzas. Este gesto se considera excepcional porque es la primera renuncia desde la edad media. Se hace efectiva el 28 de febrero. Unas semanas después de la elección de Francisco, Benedicto XVI se retira al monasterio Mater Ecclesiae, dentro de los muros del Vaticano, donde vive dedicado a la oración hasta su muerte.

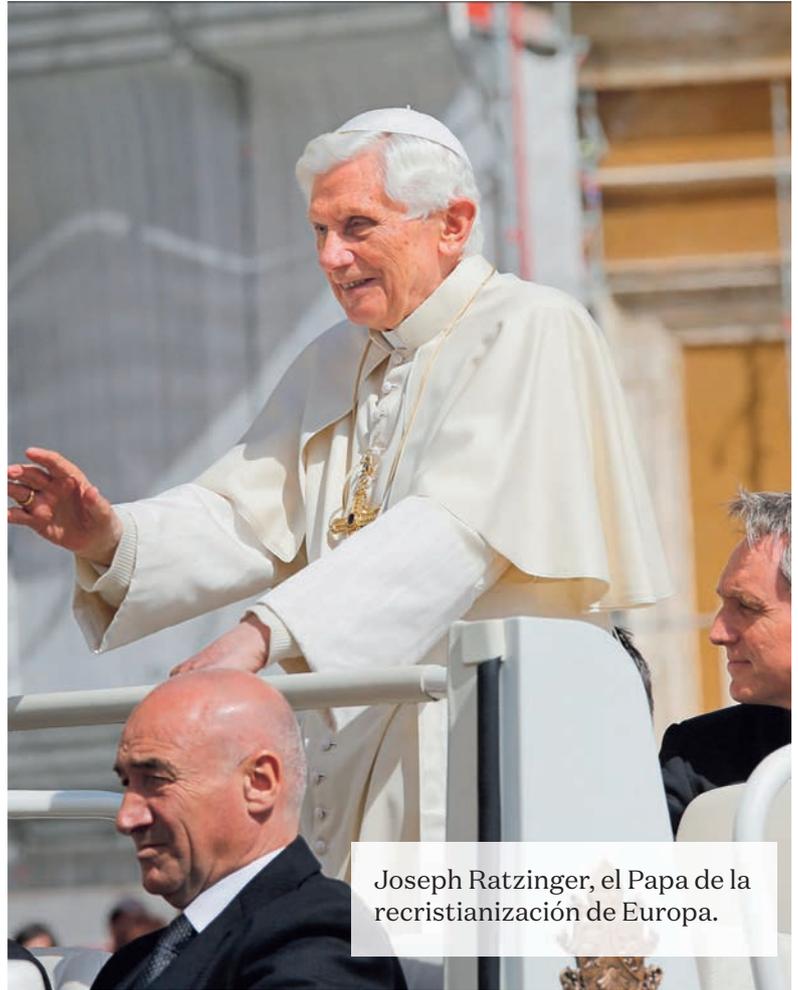


El cuerpo de Benedicto XVI, en la capilla del monasterio Mater Ecclesiae.

Benedicto XVI y Europa

Benedicto XVI contribuyó de una forma decisiva para que se formara en nuestro continente eso que podríamos llamar un «remanente de Europa»

GABRIEL MAGALHÃES
Escritor



Guillermo Simón

Joseph Ratzinger, el Papa de la recristianización de Europa.

Los últimos tres Papas han sido muy geoestratégicos. No se trata de una geoestrategia política, sino de esa que nace de la brújula misteriosa del Espíritu Santo, que siempre ha guiado a la Iglesia en su gran aventura por la historia de la humanidad, con el Padre como último horizonte. Karol Wojtyła, venido de Polonia, se transformó en Juan Pablo II para, entre otras cosas, abrir los muros que encerraban a las almas de muchos países emparedados en regímenes caducados. Más tarde, Jorge Mario Bergoglio, llegado, como él mismo dijo, del fin del mundo, eligió el nombre de Francisco para guiar a una Iglesia intensamente planetaria, tan humilde como global: una nave que ha zarpado una vez más de Roma, rumbo a todas las distancias.

Entre uno y otro, Joseph Ratzinger, nacido en Alemania, sería, con el nombre de Benedicto XVI, el Papa de la recristianización de Europa. Nuestro continente, tan árido en su abundancia, tan descreído a pesar de todas sus catedrales, de la densa capilaridad de sus ermitas y santuarios, necesitaba a un Papa que lo ayudara a hacer las paces, de una vez, con sus raíces cristianas. Porque incluso nuestras revoluciones más progresistas, más laicas, son siempre algo evangélicas: como comprueba el filósofo Pere Lluís Font, la libertad, la igualdad

y la fraternidad constituyen un nuevo vocabulario, una nueva gramática para el milenario ideal cristiano.

Cuando el papa Benedicto XVI renunció, uno podría decir que había fallado ese proyecto: que Europa se perdería para siempre en las nieblas tristes de su espeso materialismo. El cristianismo nos habría dejado atrás para siempre, buscando nuevas geografías. Pero no fue así. Benedicto XVI contribuyó de una forma decisiva para que se formara en nuestro continente eso que podríamos llamar —siguiendo a san Pablo cuando pensaba sobre el destino de Israel— un «remanente de Europa»: un amplio grupo de personas que se mantiene fiel y activo en medio de las mayores dificultades y que nos alumbramos y acompañamos a todos. De hecho, el papa Francisco no ha dejado de regar ese grano de mostaza que Benedicto XVI sembró. Una siembra que se hizo a través de sus libros cristalinos, tan bien pensados como escritos, a través de su perfil serio, pero siempre amable, en el que la fe, la cultura y el arte se aunaban, y a través de su pontificado. Todos tenemos un Papa que fue «nuestro» Papa. Benedicto XVI, lo confieso, ha sido «mi» Papa. Y, con mucho cariño, con más alegría que tristeza, me lo imagino ahora tocando el piano en la casa del Padre.

Gracias por su ministerio y amor a la Iglesia



Consagración de la Sagrada Familia, a la que Omella (tercera fila por la derecha) acudió como obispo de Calahorra y La Calzada-Logroño.

CARDENAL JUAN JOSÉ OSELLA

Arzobispo de Barcelona
y presidente de la Conferencia
Episcopal Española

Benedicto XVI, que tanto impactó al mundo con su pensamiento teológico, con su humildad y con su entrega generosa a la Iglesia, ha hecho su último y definitivo viaje a la casa del Padre desde su residencia en el sencillo y pequeño monasterio Mater Ecclesiae del Vaticano.

Han quedado grabados en nuestra retina su despedida en helicóptero sobrevolando la ciudad del Vaticano cuando hizo efectiva su renuncia.

Pedimos por su eterno descanso. Agradecemos su profundo ministerio como Papa, sus escritos teológicos y su profundo amor a la Iglesia.

Que desde la casa del Padre siga mirando con ternura a nuestro mundo y a cada uno de nosotros. Que ruegue al Padre para que la paz y la concordia reinen entre nosotros; para que no nos desviemos del camino que conduce al encuentro con el Dios hecho hombre en ese Niño de Belén, cuyo misterio celebramos en estas entrañables fiestas de Navidad.

Quedará para siempre en nuestro corazón su cercanía con la Iglesia que peregrina en España.

Además de canonizar y beatificar a un buen número de hijos de la Iglesia que peregrina en España, proclamó el doctorado de san Juan de Ávila y en tres ocasiones vino hasta aquí con motivos destacables:

En 2005 visitó Valencia para celebrar el Encuentro Mundial de las Familias.

En 2010 viajó como peregrino a Santiago de Compostela dentro del Año Santo y a Barcelona, para la dedicación a Dios del templo de la Sagrada Familia que desde aquel día quedó abierto al culto y ante el que quedó profundamente maravillado por su belleza e inmenso simbolismo.

Y en 2011 viajó a Madrid para celebrar la Jornada Mundial de la Juventud con más de un millón de jóvenes venidos de todo el mundo. En aquella ocasión, tras aquella tormenta en Cuatrovientos, nos dijo a todos que habíamos vivido una aventura juntos y nos animó a «afrontar con Cristo las pruebas de la vida».

Querido Benedicto XVI, le recordaremos siempre. Que Santa María, Madre de Dios y madre nuestra, le muestre a Jesús, fruto bendito de su vientre. Papa Benedicto, descanse en paz.

Lo iba encontrando...

JOAN TORRA

Decano de la Facultad de Teología de Cataluña
(Ateneo Universitario San Paciano)

El Instituto Patrístico *Augustinianum* está situado junto a la columnata de la plaza de San Pedro del Vaticano, por la parte donde está lo que hasta ahora se llamaba Congregación para la Doctrina de la Fe. Un día siendo estudiante, acudiendo a la biblioteca, me encontré de cara con el que por entonces era el cardenal prefecto de la Congregación. Llevaba una cartera sencilla y llena. Le saludé educadamente y él me respondió amablemente. ¡De nada me conocía, claro está! Lo mismo le habría pasado en otras ocasiones. Me gustó encontrarme con «aquel trabajador humilde» (él mismo se definió así); era encontrarme con alguien cuya sabiduría había conformado buena parte de mi formación teológica. ¡Era así! Por indicación de mosén Josep M. Rovira Belloso, cursando el Tratado de Dios, había leído un maravilloso libro: la *Introducción al cristianismo* del entonces teólogo Joseph Ratzinger. Después insistió el P. Evangelista Vilanova.

Junto a ellos, por obra de quien sería el obispo Pere Tena —entonces decano-presidente de la Facultad de Teología de Cataluña— devoré otros dos libros, uno sobre *El Espíritu de la Liturgia* y otro que me configuró en mi predicación posterior: *Palabra en la Iglesia*: ¡una delicia! Lo he empleado de libro de oración y lo he ofrecido como meditación junto al que lleva por título *El Dios de Jesucristo. Meditaciones sobre Dios uno y trino*.

Llegado a la biblioteca descubría la tesis doctoral —una de las suyas— del cardenal al que había saludado. Era sobre san Agustín: *Popolo e casa di Dio in Sant'Agostino*. Y esta obra me ha acompañado en la concepción imprescindible eclesiológica del santo obispo de Hipona. Desconocía que su formación más básica era patrística. Me admiró. La raíz de los Padres le daba solidez en la elevación compacta del edificio de su lógica teológica hasta el cielo.

Ya con el nombre de Benedicto XVI, además de su obra personal sobre *Jesús de Nazaret*, tres cartas encíclicas han seguido ofreciendo su pensamiento: *Deus caritas est*; *Spe salvi* y *Caritas in veritate*. Me quedo con un fragmento de la segunda (10-11) donde habla de la muerte a partir de Ambrosio de Milán. Dice: «Al principio Dios no instituyó la muerte, sino que la dio como remedio [...]; una vez condenado el pecado, la vida de los hombres empezó a ser miserable. [...] Tal paradoja de nuestra actitud suscita una pregunta más profunda: ¿Qué es realmente la vida? ¿Y qué significa verdaderamente la eternidad? Hay momentos en los que de repente percibimos [...] que lo que normalmente llamamos vida, en verdad no lo es.»

Que descanse ahora con Vida Llena de Caridad en la Eternidad de Dios.

La raíz de los Padres le daba solidez en la elevación compacta del edificio de su lógica teológica hasta el cielo



Benedicto XVI,
«aquel trabajador humilde».

© Vatican Media

Un recuerdo inolvidable



Agustí Codinach

El papa Benedicto abriendo la puerta de la fachada de la Gloria, el 7 de noviembre de 2010.

CARDENAL LLUÍS MARTÍNEZ SISTACH
Arzobispo emérito de Barcelona

El Padre eterno ha llamado a la Jerusalén celestial al Papa emérito Benedicto XVI, la mañana del 31 de diciembre de 2022.

Tenemos que estar muy agradecidos al Papa emérito Benedicto XVI por su constante servicio y de una manera muy especial por haber aceptado mi invitación a venir a Barcelona para dedicar la basílica de la Sagrada Familia.

Especialmente los barceloneses por siempre más vincularemos al papa Benedicto XVI con nuestra querida ciudad y la dedicación de la basílica de la Sagrada Familia, obra de Antoni Gaudí, arquitecto genial y cristiano consecuente, ese jubiloso domingo 7 de noviembre de 2010.

Siempre fui consciente de la necesidad de que fuera Benedicto XVI quien dedicara este templo majestuoso y riquísimo en simbología artística, litúrgica, catequética y evangelizadora. El Papa aceptó mi invitación.

Hoy, como recuerdo agradecido por esta celebración pontificia, he pensado en aquellos grandes recuerdos de la dedicación del 7 de noviembre de 2010. He recordado aquellas palabras de Benedicto XVI, que me dijo a la hora del almuerzo: «De la celebración de esta mañana guardo un recuerdo imborrable.» Y cuando visitaba al Papa emérito siempre me lo recordaba.

Creo que la construcción del templo de la Sagrada Familia pone de relieve la tenacidad de todo el pueblo catalán que desde 1882 se esforzaba por ir levantando las fachadas y las torres de este monumento gaudiniano

fruto de un auténtico genio.

Esta basílica bellísima es un signo de la presencia de Dios en la gran ciudad de Barcelona. El papa Benedicto XVI, en la homilía de la misa de dedicación del templo, nos dijo que esta es la gran labor: mostrar que Dios es Dios de paz y no de violencia, de libertad y no de coacción, de concordia y no de discordia. «Gaudí con su obra nos muestra que Dios es la verdadera medida del hombre y que el secreto de la auténtica originalidad radica, como decía él, en volver al origen, que es Dios.» Cabe afirmar que abriendo su espíritu a Dios ha sido capaz de crear en esta ciudad un espacio de belleza, fe y esperanza, que lleva al hombre al encuentro con quien es la Verdad y la propia Belleza.

El Papa reitera que la dedicación de este templo, en una época en la que el hombre pretende edificar su vida a espaldas de Dios, como si no tuviera nada que decirle, nos muestra que Dios es la verdadera medida del hombre. Que el secreto de la auténtica originalidad radica, como decía él, en volver al origen, que es Dios.

Benedicto XVI aprovecha su estancia en Barcelona los días 6 y 7 de noviembre para decirnos: «Ruego a Dios que en esta tierra catalana se multipliquen y consoliden nuevos testimonios de santidad, que presten al mundo el gran servicio que la Iglesia puede y debe realizar a la humanidad: ser icono de la belleza divina, llama ardiente de caridad, para que el mundo crea en aquel que Dios ha enviado.»

Benedicto XVI y la información religiosa

GIOVANNI MARIA VIAN

Historiador y director emérito de «L'Osservatore Romano»

Siendo un joven y brillante profesor universitario, Joseph Ratzinger participó en todas las sesiones del Concilio (1962-1965) como consultor teológico de uno de sus principales protagonistas, el arzobispo de Colonia, el cardenal Frings, junto a la mayoría reformadora. En esos años se percató de la importancia de la comunicación en la sociedad contemporánea en un ámbito bastante difícil y nuevo como es el de la información religiosa.

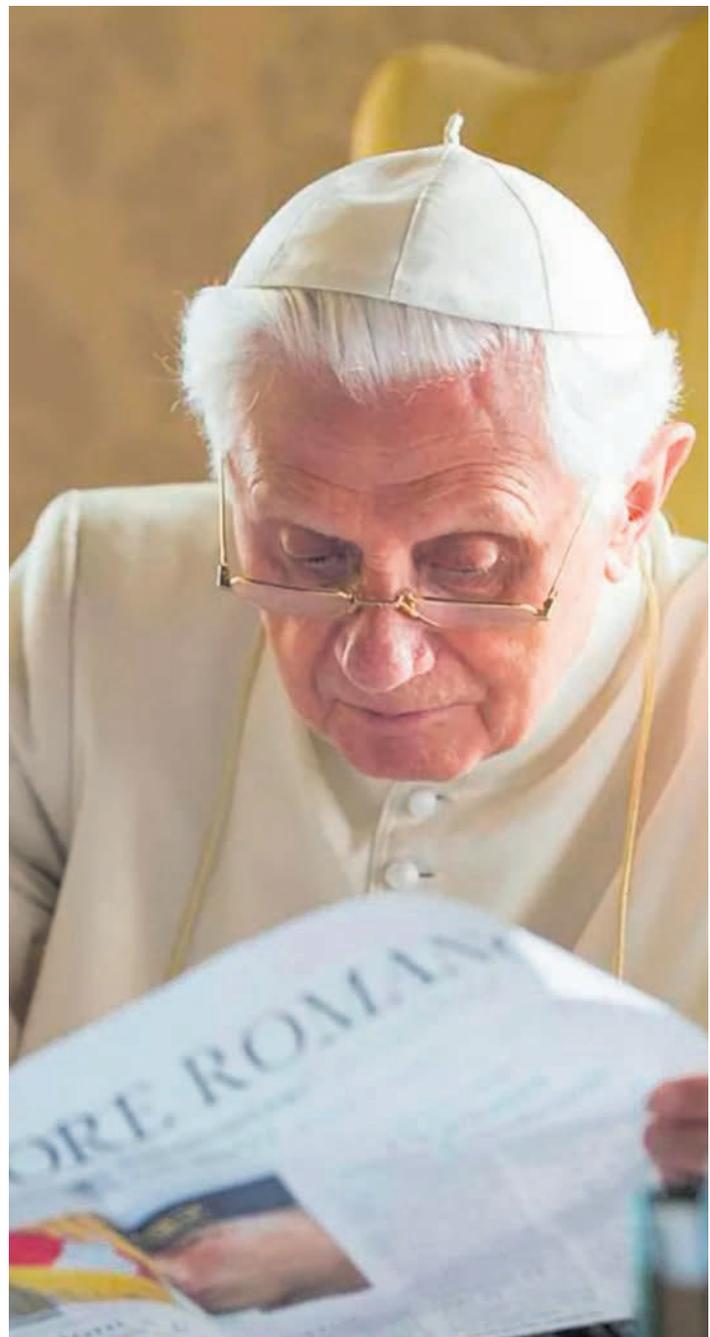
A esta conciencia se unía en Ratzinger una capacidad extraordinaria de claridad en la enseñanza universitaria, así como en conferencias, entrevistas y libros. En 1968 su *Introducción al cristianismo* se convierte en un éxito rotundo al vender cincuenta mil copias en pocos meses. Precisamente en aquellos años posteriores al Vaticano II estalló una fuerte oposición entre quienes querían ir más allá de las reformas propuestas por el Concilio y quienes veían peligroso considerarlo una ruptura con la tradición.

Ratzinger, en la línea reformadora, no quería abandonar el Vaticano II y, en consecuencia, pronto fue considerado por los medios de comunicación un nostálgico del pasado. Este falso estereotipo del progresista arrepentido, cuando no directamente traidor al Concilio, vino confirmado por su nombramiento como arzobispo de Múnic y Frisinga en 1977, querido por Pablo VI, que lo creó cardenal, y más si cabe tras la llamada a Roma por parte de Juan Pablo II, que lo quería en 1981 como prefecto del antiguo Santo Oficio, es decir, guardián de la doctrina católica.

A esta situación el cardenal Ratzinger reaccionó con tres libros de entrevistas: uno de 1985 con el italiano Vittorio Messori y otros dos, de 1996 y 2000, con el alemán Peter Seewald. Este, además, publicará un tercer libro entrevista en 2010 y un cuarto después de la renuncia en 2016, hasta la gran biografía de 2020. A estos libros, traducidos en varias lenguas con gran éxito, cabe añadir en 1997 una breve autobiografía y una larguísima entrevista con August Everding para la televisión bávara.

Inesperada según muchos medios, su elección en el cónclave fue acogida con muchos prejuicios y los años del pontificado, así como los posteriores a la renuncia, se caracterizaron por repetidos incidentes mediáticos. Pero Benedicto XVI no fue ayudado como merecía por las anticuadas estructuras vaticanas, que ni siquiera supieron aprovechar la oportunidad que ofrecía la trilogía (2007-2012) sobre Jesús de Nazaret. Y el Papa lo reconoció con valentía, asumiendo responsabilidades que no eran suyas.

Ratzinger no quería abandonar el Vaticano II y, en consecuencia, fue considerado por los medios de comunicación un nostálgico del pasado



© Vatican Media

La humilde renuncia de Benedicto XVI

Igualó al Obispo de Roma con los demás obispos de la Iglesia, que presentan su renuncia al llegar a un límite de edad

LETICIA SOBERÓN

Experta en Inteligencia colaborativa



Guillermo Simón

Benedicto XVI era un Papa humilde, tímido ante las multitudes.

Joseph Ratzinger fue una persona de grandes dimensiones intelectuales y espirituales, pero pocos conocieron una característica suya, oscurecida por la «leyenda negra» de su supuesta rigidez personal: la humildad. Humildad como ser humano y como estudioso.

Cercano y desenvuelto en grupos pequeños, tímido ante las multitudes, nunca temió al debate sereno, afrontó muchas veces un diálogo tranquilo con quien pensaba distinto. Trató a los obispos como iguales (me lo comentaba un obispo amigo en visita *ad limina*) y era sencillo y acogedor. Saludaba con amabilidad cuando se cruzaba con las personas en Borgo Pio en Roma.

Pero su renuncia en el año 2013 no fue solo un signo de sencillez individual. Joseph Ratzinger estaba en línea con el *aggiornamento* de la Iglesia emprendido por el Concilio Vaticano II en la década de los sesenta, que dejó atrás progresivamente los restos de maneras y costumbres imperiales que el papado había ido asumiendo con los siglos y consolidado en la edad media.

Veamos cómo los Pontífices han ido despojándose de restos imperiales. El beso en el pie fue abolido por Juan XXIII; Pablo VI abandonó la tiara pontificia y suprimió la Guardia Noble, que estaba constituida por voluntarios pertenecientes a familias nobles de Italia. Juan Pablo II dejó de usar la silla gestatoria para pasar al papamóvil. Y Benedicto XVI tuvo al menos dos gestos que continuaban este proceso: su escudo ya no tenía la tiara, sino una sencilla mitra de obispo, y cuando sintió que le fallaban las fuerzas para continuar guiando la Iglesia, renunció al ejercicio del papado. En otras

palabras, dejó atrás la concepción imperial del cargo vitalicio e igualó al Obispo de Roma con los demás obispos de la Iglesia, que presentan su renuncia al llegar a un límite de edad.

Pero, concretamente..., ¿cuál fue la causa que le llevó a renunciar al papado?

Él mismo lo decía con sencillez y claridad en su *declaratio* el 11 de febrero de 2013: le fallaban las fuerzas. Su edad avanzada, la complejidad del mundo que le tocaba vivir y la necesidad de viajar a distintos puntos del globo para animar a las comunidades y movimientos supusieron para él obstáculos imposibles de superar, sintiéndose debilitado y falto de energía para su misión. La renuncia fue fruto de un «reiterado examen de conciencia ante Dios», y también fue asumida «con plena libertad». Antes de él era impensable que un Papa renunciara, sobre todo habiendo visto a Juan Pablo II en un declive físico muy notable progresivo y, sin embargo, convencido de que el Señor le pedía estar en su sitio hasta el final.

Pues Benedicto XVI tuvo la libertad interior de ser fiel al Espíritu Santo haciendo lo contrario. Con una enorme humildad y confiando tanto en Dios como en los dinamismos internos de la Iglesia. Su renuncia provocó que millones de católicos se sintieran sobrecogidos ante un hecho prácticamente inédito. Pero no era más que dejar de ser Obispo de Roma... igualándose a cualquiera de los demás obispos del mundo.

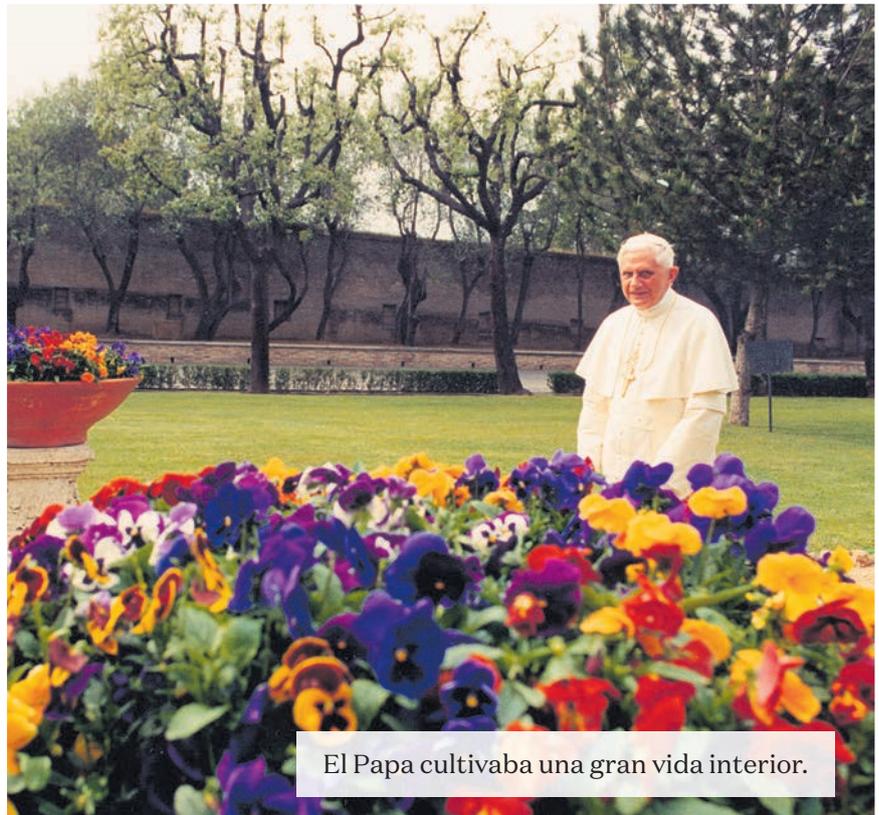
Su vida y su ejemplo, junto con sus escritos y reflexiones, son ya un patrimonio de la humanidad.

La última lección del maestro de teología

Su obra, tanto teológica como magisterial, incluso, divulgativa, es inmensa

SERGI RODRÍGUEZ

Vicerrector de Relaciones Institucionales de la Universidad Abad Oliba CEU



© Vatican Media

El Papa cultivaba una gran vida interior.

Vocación de teólogo es la palabra que mejor puede definir el largo servicio que el sacerdote y obispo Joseph Ratzinger, llamado finalmente al papado como Benedicto XVI, ha prestado a la Iglesia durante 77 largos años. Durante ellos ha cambiado completamente el contexto cultural con el que ha dialogado la fe cristiana y en el que se ha encarnado la misión de la Iglesia.

Desde sus inicios en la vida eclesial, siempre fue una persona coherente, que sabía escuchar, pero tenía un criterio propio. Fue así percibido como progresista por muchos conservadores y como conservador por muchos progresistas. Su laboriosidad fue una constante: trabajaba, trabajaba mucho y trabajaba bien. La luz de su habitación, en la casa paterna o en el palacio apostólico, era la última en apagarse. Ser humilde era otra de sus constantes: desde su primer suspenso en 1954 hasta su renuncia en 2013, supo siempre encajar los reveses de la vida fundando su personalidad en una fe profunda que le llevaba a buscar siempre el bien de la Iglesia.

Sería un error confundir su timidez, que tanto le dificultó asumir el episcopado en Múnich y en Roma, con la intransigencia, caricatura con la que muchos quisieron falsamente, y en vano, desacreditarle. Quienes trabajaron con él recuerdan su empática escucha, su mirada observadora y enorme tesón; también su fino sentido del humor. Durante su etapa en la curia romana eran habituales las salidas a los lagos del campo (Castelli) o las pinedas de la playa (Ostia) a pasar el día con sus colaboradores, laicos y con familia la mayoría. Como

los gatos que siempre tuvo en casa (tanto en su piso en la Piazza Città Leonina como en sus estancias en el monasterio Mater Ecclesiae), fue siempre refractario al halago. Pude comprobarlo personalmente.

Cultivaba una intensa vida interior, como su admirado san Agustín, que le llevó durante su docencia e investigación a formular un magisterio que buscaba la traslación entre la *civitas dei* y la *civitas terrena*, entre el dios de los teólogos y el dios de los filósofos. Su experiencia conciliar le hizo advertir el peligro que podría comportar una confusión entre la encarnación y contemporización, lo que podía llevar a una secularización de la Iglesia. De ahí que, como su estudiado san Buenaventura, concibiera la necesaria superación del análisis contextual del existencialismo heideggeriano para formular una lectura de los tiempos desde la iluminación balthasariana. Dicho de otra forma: si el cristiano no está en el mundo desde una intensa vida interior, es el mundo quien ocupa esa vida. Su obra, tanto teológica como magisterial, incluso, divulgativa, es inmensa.

Sin embargo, cuando parecía que ya había llegado al cénit de su servicio, alcanzó la mayor gloria que adorna al servicio: la humildad. Contra todo pronóstico, presentó su renuncia por considerar que no disponía de las fuerzas necesarias para prestar adecuadamente el ministerio petrino. Un gesto por todos alabado, por nadie imitado. Fue la última lección de quien, frente a quienes se limitaban a analizarle desde unos zapatos rojos, llevaba en realidad las sandalias del pescador.

«El barrendero de Dios»

M. TERESA COMPTE

Presidenta de la Asociación para la Acogida y el Acompañamiento Betania

¡Cuánta suciedad en la Iglesia entre los que, por su sacerdocio, deberían estar completamente entregados! Estas palabras forman parte de la meditación de la novena estación del Via Crucis que el cardenal Ratzinger escribió para el Viernes Santo de 2005. Como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe (CDF), Joseph Ratzinger había conocido todas y cada una de las denuncias de abusos sexuales que, especialmente desde 2001, llegaban a la CDF. Desde este organismo afrontó la crisis en la diócesis de Boston y los escándalos de la Iglesia en Irlanda, así como el terremoto que supuso el reconocimiento eclesial de la historia de los abusos perpetrados por el fundador de los Legionarios de Cristo, Marcial Maciel.

Desde la CDF, el cardenal Ratzinger abrió la puerta que, con empujones y trompicones, pero de manera inexorable, conduce a la Iglesia católica por el camino del reconocimiento. En el ámbito legislativo, se debe reconocer la determinación con la que, desde el año 1988, trabajó el cardenal Ratzinger para que los ordinarios y superiores religiosos asumieran sus responsabilidades en asuntos penales.

La primera gran reforma legislativa es del año 2001, la *Sacramentorum sanctitatis tutela*, reformada, siendo ya Benedicto XVI, en el año 2010. Después, llegó la *Carta circular para ayudar a las Conferencias Episcopales en la preparación de Líneas guía para tratar los casos de abusos sexuales a menores por parte del clero*, acompañada de la solicitud de enviarlas a la CDF antes del año 2012.

En este largo camino que la Iglesia sigue recorriendo, las reformas legislativas son capitales, pero insuficientes. ¿Qué sería de la justicia si no fuera acompañada del amor? (*Caritas in veritate*, 6).

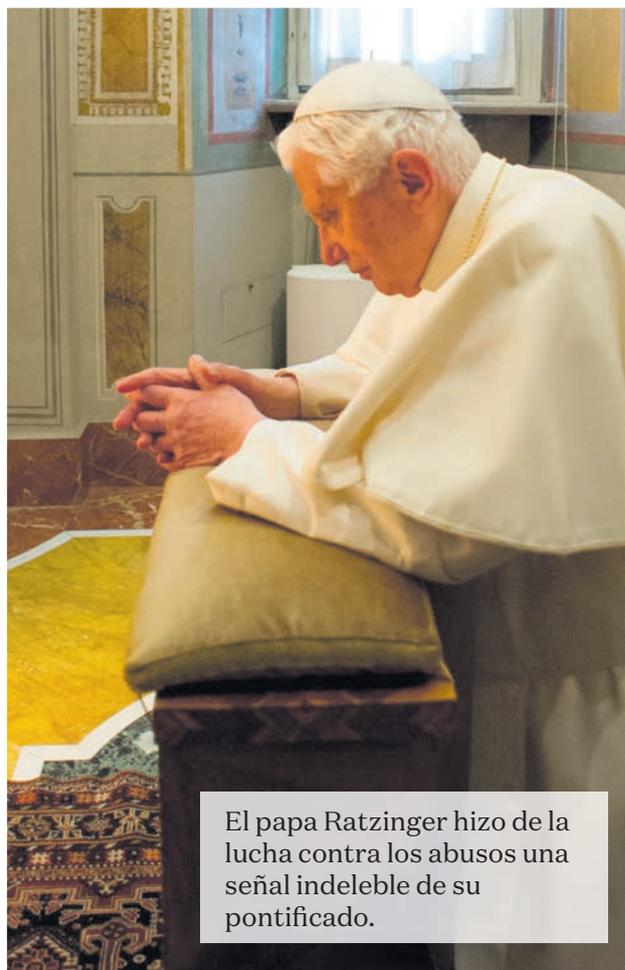
La atención pastoral del papa Benedicto XVI a las víctimas es tanto o más importante que unas reformas legislativas que, reconociémoslo, a estas alturas todavía son insuficientes. El lugar que la profunda crisis sufrida en la sociedad y en la Iglesia irlandesa han ocupado en el ministerio de Benedicto XVI, sin menospreciar la atención a la crisis destapada en la diócesis de Boston, es el testimonio de un compromiso.

En el año 2006, durante la visita *ad limina* de los obispos irlandeses, Benedicto XVI mostró el camino: buscar y afrontar la verdad de lo que ha sucedido, establecer garantías de no-repetición, cumplir con la justicia y curar a las víctimas.

La carta dirigida en el año 2010 a los católicos irlandeses, fruto de reuniones periódicas con el episcopado y del conocimiento de los sucesivos informes publicados, es la muestra de una solicitud sincera.

Benedicto XVI lo ha demostrado en sus encuentros constantes en todos y cada uno de sus viajes apostólicos. Reuniones discretas, nunca secretas, que se han organizado desde la convicción de que nunca, nunca, se debe exponer a las víctimas.

Hoy sabemos que Joseph Ratzinger, siendo arzobispo de Múnich, podría haber actuado del mismo modo como durante muchos años lo ha hecho la Iglesia: silenciando. Reconozcámoslo sin miedo, reparemos de una vez a las víctimas todo lo que es de justicia reparar y agradezcamos la lucha sincera contra la corrupción de los falsos profetas que «el barrendero de Dios», distante del poder y enemigo del carrerismo, convirtió en una de las señales indelebles de su pontificado.



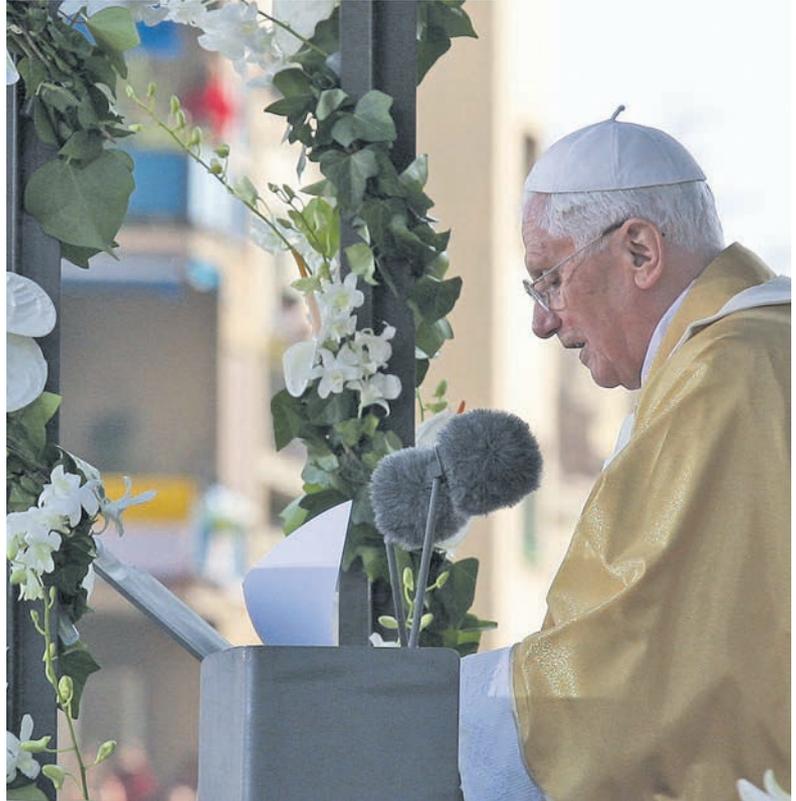
© Vatican Media

El papa Ratzinger hizo de la lucha contra los abusos una señal indeleble de su pontificado.

Benedicto XVI mostró el camino: buscar y afrontar la verdad de lo que ha sucedido, establecer garantías de no-repetición, cumplir con la justicia y curar a las víctimas

Diálogo e islam

Aquellos años nos enseñaron mucho sobre la naturaleza del verdadero diálogo, que empieza con una mano tendida y el corazón abierto



Agusti Codinach

HALIL BÁRCENA

Islamólogo y escritor
Director del Instituto de Estudios Sufís de Barcelona

Ha muerto el Papa emérito Benedicto XVI. A ojos musulmanes, su figura permanece vinculada al llamado discurso de Ratisbona y todo lo que vino después. El 12 de septiembre de 2006, Benedicto XVI pronunció una conferencia en la universidad alemana de Ratisbona, donde años antes había sido profesor de Teología, siendo entonces todavía Joseph Ratzinger, un teólogo de gran prestigio. La conferencia —no exenta de polémica— llevaba por título *Fe, razón y la universidad: recuerdos y reflexiones*. Se trató de una disertación a propósito de la relación entre fe y razón, un tema recurrente de la teología cristiana.

Pero la controversia se debió a una citación —marginal, hay que decirlo, respecto al conjunto de la conferencia— en la que Benedicto XVI mencionó el diálogo que el emperador bizantino Manuel II Paleólogo mantuvo con un sabio musulmán de origen persa sobre las diferencias entre el cristianismo y el islam, y el supuesto vínculo de este último con la violencia, siempre según el emperador. Apenas un mes después de la conferencia, 138 sabios y líderes religiosos musulmanes procedentes de 43 países dirigieron una carta al papa Benedicto XVI y a los jefes de las principales iglesias y comunidades cristianas de todo el mundo, bajo el título *Una palabra común entre nosotros y vosotros*. La misiva perseguía dos objetivos: corregir la

desinformación —muchas veces malintencionada— alrededor del islam y tender la mano del diálogo a las autoridades cristianas, diálogo basado en la palabra común islamo-cristiana constituida por el doble mandamiento del amor a Dios y al prójimo.

Las posteriores puntualizaciones de Benedicto XVI sobre su discurso, así como sus palabras sinceras y afectuosas hacia el islam, contribuyeron a apaciguar los ánimos. Hombre de fe y de ideas, pero también de actos y gestos, Benedicto XVI, que quizás fue siempre más teólogo que Papa, visitó poco después Turquía, un viaje cargado de una enorme transcendencia simbólica.

Más allá de otras consideraciones, aquellos años nos enseñaron mucho sobre la naturaleza del verdadero diálogo. Por ejemplo, que el diálogo se establece entre personas de distintos puntos de vista; y que en el diálogo no se trata de imponer la verdad de uno o el otro. Y lo que es más importante, que el diálogo empieza con una mano tendida y el corazón abierto. Todo hombre de Dios debe saber tender la mano al otro. Benedicto XVI lo hizo entonces y los musulmanes lo valoraron mucho.

Todo empezó alrededor de la fe y la razón. Pues bien, hoy podemos afirmar que la razón no tiene derecho a matar la fe, pero la fe nunca puede ser repugnante a la razón.

Benedicto XVI y la economía



Guillermo Simón

La idea más potente de Benedicto XVI sobre la economía es afirmar que esta se puede vivir desde el altruismo, desde el amor, desde la solidaridad

ENRIQUE LLUCH FRECHINA
 Profesor de la Universidad CEU
 Cardenal Herrera de Valencia

Comienzo con la llamada que realizó Benedicto XVI en el mensaje de la XLVI Jornada Mundial de la Paz de 2013. En su punto 5: *Construir el bien de la paz mediante un nuevo modelo de desarrollo y de economía* afirmaba que «se necesitan personas, grupos e instituciones que promuevan la vida, favoreciendo la creatividad humana para aprovechar incluso la crisis como una ocasión de discernimiento y un nuevo modelo económico». Esta invitación a construir un modelo distinto, que promueva a las personas y se ponga a su servicio estaba precedido por una encíclica, *Caritas in veritate*.

Allí ya había invitado a «vivir relaciones auténticamente humanas, de amistad y de sociabilidad, de solidaridad y de reciprocidad, también dentro de la actividad económica y no solamente fuera o después de ella. El sector económico no es ni éticamente neutro ni inhumano o antisocial por naturaleza. Es una actividad del hombre y, precisamente porque es humana, debe ser articulada e institucionalizada éticamente» (36).

Y esta es la idea más potente de Benedicto XVI sobre la economía y la que choca de una manera frontal con el economicismo reinante: afirmar que la economía puede vivirse desde el altruismo, desde el amor, desde la solidaridad. Que estos valores éticos no solo pueden insertarse en nuestro comportamiento económico y for-

mar parte de él, sino que es la única manera de que la economía cumpla su verdadera vocación.

No debemos separar ni gestionar de una manera independiente la ética y la economía, porque ambas están íntimamente ligadas. La encíclica afirma que la gratuidad y la lógica del don deben tener un espacio en la actividad económica ordinaria. Es más, llega a afirmar que «sin la gratuidad no se alcanza ni siquiera la justicia» (38). Por ello, la razón económica debe de estar compuesta de gratuidad y de los principios tradicionales de la ética social. Esto no solo «es una exigencia del hombre en el momento actual, sino también de la razón económica misma» (36).

¿Y qué idea más potente y más contraria al economicismo preponderante que constatar que la economía no solo puede impregnarse de amor y gratuidad, sino que la misma razón económica precisa de estas para ser realmente justa? ¿Qué manera más adecuada de construir el reinado de Dios en la tierra que la de apostar por un modelo de economía basado en los valores de donación y regalo, de alianza y reciprocidad, más que los de búsqueda del propio interés, de contrato y de equivalencia? Benedicto XVI mostró una senda y nos invitó, a economistas y no economistas, a seguirla, a construirla y a ensancharla para llevar una buena noticia a la organización económica.

«¡Permaneced firmes en la fe! ¡No os dejéis confundir!»

Testamento espiritual de Benedicto XVI, que redactó el 29 de agosto de 2006

En retrospectiva, veo y comprendo que incluso los tramos oscuros y agotadores de este camino fueron para mi salvación y que fue en ellos donde Él me guio bien

He visto derrumbarse tesis que parecían inamovibles y resultar meras hipótesis: la generación liberal, la generación existencialista, la generación marxista

Si en esta hora tardía de mi vida miro hacia atrás, hacia las décadas que he vivido, veo en primer lugar cuántas razones tengo para dar gracias. Ante todo, doy gracias a Dios mismo, dador de todo bien, que me ha dado la vida y me ha guiado en diversos momentos de confusión; siempre me ha levantado cuando empezaba a resbalar y siempre me ha devuelto la luz de su semblante. En retrospectiva, veo y comprendo que incluso los tramos oscuros y agotadores de este camino fueron para mi salvación y que fue en ellos donde Él me guio bien.

Doy las gracias a mis padres, que me dieron la vida en una época difícil y que, a costa de grandes sacrificios, con su amor prepararon para mí un magnífico hogar que, como una luz clara, ilumina todos mis días hasta el día de hoy. La clara fe de mi padre nos enseñó a nosotros, los hijos, a creer, y como señal siempre se ha mantenido firme en medio de todos mis logros científicos; la profunda devoción y la gran bondad de mi madre son un legado que nunca podré agradecerle lo suficiente. Mi hermana me ha asistido durante décadas desinteresadamente y con afectuoso cuidado; mi hermano, con la claridad de su juicio, su vigorosa resolución y la serenidad de su corazón, me ha allanado siempre el camino; sin su constante precederme y acompañarme, no habría podido encontrar la senda correcta.

De corazón doy gracias a Dios por los muchos amigos, hombres y mujeres, que siempre ha puesto a mi lado; por los colaboradores en todas las etapas de mi camino; por los profesores y alumnos que me ha dado. Con gratitud los encomiendo todos a Su bondad. Y quiero dar gracias al Señor por mi hermosa patria en los Prealpes bávaros, en la que siempre he visto brillar el esplendor del Creador mismo. Doy las gracias al pueblo de mi patria porque en él he experimentado una y otra vez la belleza de la fe. Rezo para que nuestra tierra siga

siendo una tierra de fe y os ruego, queridos compatriotas: no os dejéis apartar de la fe. Y, por último, doy gracias a Dios por toda la belleza que he podido experimentar en todas las etapas de mi viaje, pero especialmente en Roma y en Italia, que se ha convertido en mi segunda patria.

A todos aquellos a los que he agraviado de alguna manera, les pido perdón de todo corazón.

Lo que antes dije a mis compatriotas, lo digo ahora a todos los que en la Iglesia han sido confiados a mi servicio: ¡Permaneced firmes en la fe! ¡No os dejéis confundir! A menudo parece como si la ciencia —las ciencias naturales, por un lado, y la investigación histórica (especialmente la exégesis de la Sagrada Escritura), por otro— fuera capaz de ofrecer resultados irrefutables en desacuerdo con la fe católica. He vivido las transformaciones de las ciencias naturales desde hace mucho tiempo, y he visto cómo, por el contrario, las aparentes certezas contra la fe se han desvanecido, demostrando no ser ciencia, sino interpretaciones filosóficas que solo parecen ser competencia de la ciencia. Desde hace sesenta años acompaño el camino de la teología, especialmente de las ciencias bíblicas, y con la sucesión de las diferentes generaciones, he visto derrumbarse tesis que parecían inamovibles y resultar meras hipótesis: la generación liberal (Harnack, Jülicher, etc.), la generación existencialista (Bultmann, etc.), la generación marxista. He visto y veo cómo de la confusión de hipótesis ha surgido y vuelve a surgir lo razonable de la fe. Jesucristo es verdaderamente el camino, la verdad y la vida, y la Iglesia, con todas sus insuficiencias, es verdaderamente su cuerpo.

Por último, pido humildemente: rezad por mí, para que el Señor, a pesar de todos mis pecados y defectos, me reciba en la morada eterna. A todos los que me han sido confiados, van mis oraciones de todo corazón, día a día.



© Vatican Media

En su testamento espiritual,
Benedicto XVI da gracias
por sus orígenes.

Catalunya Cristiana

SUSCRIPCIONES ANUALES EN CATALÁN O CASTELLANO

Cataluña, resto de España y
Andorra: 145 €

Gibraltar y Portugal: 145 €

Resto de Europa: 222,99 €

América y África: 254,19 €

Asia y Oceanía: 325,43 €

Miembro de la APPEC

Associació de Publicacions

Periòdiques en Català



El semanario recibe ayuda de
la Generalitat de Catalunya

www.catalunyacristiana.cat



/catalunyacristiana



catcristiana



catcristiana



Catcristiana

Director: Òscar Martí Navarro

Consiliario: Mn. Miquel Ramon Fuentes

Subdirectora: Carme Munté Margalef

Redactores: Eduard Brufau, Miquel Àngel
Codina, Macià Grau, Rosa M. Jané,

Joan Andreu Parra

Lingüista: Montserrat Pibernat

Fotógrafo: Agustí Codinach

Colaboradores de esta semana:

Halil Bárcena, M. Teresa Compte, Enrique

Lluch, Gabriel Magalhães, Lluís Martínez

Sistach, Joan Josep Omella, Sergi

Rodríguez, Guillermo Simón, Leticia

Soberón, Joan Torra, Giovanni Maria Vian

Redacción, administración, publicidad y
promoción:

C/ Comtes de Bell-lloc, 67-69

08014 BARCELONA

Tel. 934 092 810, Fax 934 092 775

redaccio@catalunyacristiana.cat

administracio@catalunyacristiana.cat

publicitat@catalunyacristiana.cat

subscripcions@catalunyacristiana.cat

Fundadores: Mn. Joan E. Jarque y

Mn. Francesc Malgosa

Edita: Fundació Missatge Humà i Cristià

Administración: Isabel Giral

(contabilidad), Dídac Campos (suscripciones)

Autoedición y compaginación:

Macià Grau

Impresión: Impressions Intercomarcals, SA

Ctra. C-1.411, Km 34. Polígon industrial El

Cementiri. Tel. 938 788 403.

Fax 938 788 212

08272 SANT FRUITÓS DE BAGES -

Depósito Legal B 14.387/79

ISSN castellà: 2938-2246

ISSN internet: 2938-2254

Las opiniones expresadas por nuestros
colaboradores no reflejan necesariamente
la de este semanario



Catalunya Cristiana

www.catalunyacristiana.cat



**Más actualidad,
más contenidos,
más secciones...
¡Más cerca de ti!**

**Edición
digital
por solo
90€/año**

**Edición
en papel por
145€/año
¡Edición
digital
gratis!**

subscripcions@catalunyacristiana.cat

93 409 27 70

**Nueva
web**



**Nuevo hito:
iluminación
de Lucas y Marcos**

Seiscentos de informaciones y de cultura religiosa
AÑO XLVI | NÚM. 2296
2.900 | 18 DICIEMBRE 2022

Las torres de Lucas y Marcos, con María en el centro, la semana antes de su iluminación.

Entrevistamos a Adalberto Martínez, primer cardenal de Paraguay